



# CÓMO SOBREVIVIR A LOS PEORES HOTELES

Sergi Ramis



# 1. ALOJARSE O DORMIR

Lo he calculado. **He dormido en más de 3.000 hoteles** a lo largo de mi vida. De todo pelaje, como podrán imaginar. Pero, mayoritariamente, de baja estofa, precios baratos y prestaciones acorde con las tarifas (o muy por debajo).

Cuando planeas un viaje, el asunto del alojamiento suele llevarse la parte del león del presupuesto. Desde que –jovencísimo– arranqué mi primer viaje por Europa en bicicleta, tuve claro que debía minimizar el impacto en mi bolsillo del asunto relativo a **dónde pasar la noche**.

Han transcurrido décadas, he estado relacionado prácticamente con todos los aspectos del viaje –los he realizado, los he contado, los he diseñado, los he vendido e incluso los he guiado–. Y de ahí que haya pasado por esa enorme cantidad de hospedajes que incluso a mí me ha sorprendido cuando me he puesto a sumarlos.

Y, sin embargo, jamás he tenido querencia por los hoteles. Siempre los he mirado con indiferencia. Eran una estación obligatoria y punto. Tal vez todo haya sido porque tengo una curiosidad hormigueante que me impide estar en un sitio sin salir a investigar qué hay alrededor, qué pueblecito, museo, yacimiento arqueológico, templo, bosque o montaña podría visitar durante la jornada diurna.

Siempre he visto a los **veraneantes** con envidia. La mayoría de la gente, la que se dedica a vacacionar. La que toma un hotel o apartamento y entra en una rutina cómoda y aletargante, en una sucesión de dormir hasta tarde-aperitivo-playita-paella-siesta-paseíto-cena copiosa-copas y retirarse de madrugada. Y así un día tras otro, en una anticarrera. ¡Cómo me gustaría que me gustase eso!

Esas personas, lógicamente, quieren que ese lugar en el que pasan tantas horas tenga el **máximo de comodidades**. Que la habitación sea espaciosa y con aire acondicionado o calefacción. Que el hotel presente unos comedores y bares donde sirvan condumios apetitosos y cócteles tentadores. Que la piscina sea una joya turquesa y la playa, una alfombra dorada. Que por la noche haya baile y karaoke o que les organicen alguna salidita que no les aparte de ese perfecto refugio donde están descansando. Con sus cuatro sílabas.

Pero, ¿por qué yo no me he enamorado nunca de los hoteles? ¿Por qué me han interesado tan

poco? No me motivan las listas de los más lujosos e increíbles. Ni tampoco me causan gran sensación aquellos que fueron ocupados por literatos, estrellas de cine o del rock, grandes políticos, intelectuales, futbolistas o cracks de la halterofilia...

He llegado a pensar que soy un rácano. Que en realidad lo que quiero únicamente es **gastar poco**, pues en los escasos tramos de mi vida profesional en que he recibido un sueldo holgado, tampoco he cambiado la categoría de los alojamientos a los que he acudido.

Pero todo tiene su epifanía, aunque tarde en llegar. Me di cuenta de lo que me sucedía tras un agotador viaje por tierra en el Himalaya. Me había subido en un todoterreno en la capital del Tíbet indio, Leh. El coche partía a las 4 de la madrugada y era un vehículo compartido. Dos días antes, en la agencia donde compré el billete, me aseguré de pagar el suplemento que me daba derecho al asiento delantero izquierdo. Prefería desembolsar un poco más pero tener acceso a la ventanilla, a sacar el codo al exterior y aspirar aire fresco. Ya había hecho el mismo viaje en sentido inverso unas semanas antes y creía saber las incomodidades que me aguardaban si me apretujaba en la parte trasera.

Al presentarme en el lugar de la cita, topé con un joven instalado en mi asiento reservado que me dijo en tono gansteril que allí se sentaba él. Se lo

discutí durante muy pocos segundos por varios motivos. El primero era que se trataba de un ex-soldado israelí veinteañero con la complexión de un armario ropero que viajaba acompañado de otro saco de músculos como él. Yo iba solo y soy un alfeñique. Y no le hizo mella que le enseñara el boleto donde indicaba mi número de asiento. El segundo argumento es que considero ampliamente demostrada la capacidad israelí para desalojar a alguien de su sitio legítimo con saña sin necesidad de presentar razón alguna. El tercero –me dije– es que tampoco pasaba nada por ir encajonado entre el matón en cuestión y el conductor.

Me equivoqué de medio a medio. El espacio era tan estrecho que me obligó a ir contorsionado durante las 17 horas que duró el trayecto, para evitar que mi pierna derecha interfiriera en los cambios de marcha que ejecutaba el chófer –en la India los coches tienen el volante a la derecha–.

Sufrí como un perro en ese viaje, prácticamente sentado sobre una nalga, hecho un amasijo de extremidades enlazadas, botando en cada uno de los miles de baches y socavones cuya profundidad pusimos a prueba. 17 horas.

La única satisfacción que tuve fue observar científicamente el proceso según el cual el pendenciero que me había expulsado de mi legítimo emplazamiento se iba mareando y sufriendo mal de altura –el trayecto obligaba a salvar varios puertos de más

de 4.000 metros de altitud para pasar de la vertiente norte del Himalaya a la sur—, cómo se iba poniendo verde y amarillo y vomitaba con despilfarro por el yermo ladakhí a través de la ventanilla. Y, además, hice migas con un veterano canadiense curtido en mil batallas viajeras que iba en la parte de atrás, con quien departí animada y jactanciosamente acerca de quienes realizaban trayectos para los que no estaban preparados.

Cuando llegamos a Manali, noche cerrada y con los esqueletos diciendo basta, un enjambre de animosos captadores se nos abalanzaron antes de que hubiéramos abierto la puerta del vehículo. Mostraban tarjetas y ofrecían alojamiento. «¿Quieres un hotel? ¿Necesitas hotel? Mi hotel es el más barato, el mejor, el más céntrico, el que tiene unas vistas sobre el río, el que...». El canadiense, un tipo que parecía paciente, sin embargo estalló en gritos: **«¡No necesito un hotel, lo que me hace falta es una cama!»**

Y fue en ese momento cuando comprendí lo que durante tanto tiempo me había hecho cavilar y que no había sabido enunciar por mí mismo: lo que yo buscaba siempre no era un hotel, sino —ni más ni menos— un sitio en el que dormir.

Así que no era un avaro. Ni un idiota que no sabía disfrutar de los placeres que proporcionan los hospedajes. Sencillamente, los hoteles no me interesaban por ellos mismos.

Pero los sigo necesitando. Como viajo todo lo que puedo y lo más largamente que puedo, por obligación debo mantener una relación con la industria hotelera.

Esos 3.000 hoteles largos que he conocido me han enseñado mucho. Y me han proporcionado anécdotas sin fin. A ver si soy capaz de transmitir lo que he aprendido para que otros viajeros que optan –por placer o necesidad– por hoteles tan malos como yo se libren de algunos errores e incomodidades.

► Tú vuelas hacia un país extraño, abandonando con entusiasmo todas las comodidades del hogar y después gastas grandes cantidades de dinero principalmente en el intento inútil de reencontrar las comodidades que no sería necesario que hubieras perdido si no te hubieras alejado de casa.

Bill Bryson, escritor.